

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los periódicos hablan estos días de las gestiones verificadas para conceder una pensión, á cargo del Estado, á la viuda del gran poeta Zorrilla, que se encuentra en la estrechez, á la avanzada edad de setenta y seis años. La idea, lanzada en el Senado por el Sr. D. Federico de Loygorri, patrocinada por varios senadores de diversos colores políticos, bien acogida por la prensa (aunque nunca es de esperar que se hable de estas cosas con la profusión de detalles que, por ejemplo, se habla de la *bella Guerrito*), está en camino de llegar á ser una realidad, pues parece natural que tampoco encuentre obstáculos en el Congreso. Cuando se haya votado definitivamente, volveré á decir algo sobre este asunto de la pensión á mis lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Entre tanto, Zorrilla, por *Margarita la Tornera*, es relativa actualidad, y también, me atrevo á añadir, lo es en parte por unos artículos míos, destinados á un nuevo tomo de *Retratos y apuntes literarios*, y que han visto la luz en la revista matritense *La Lectura*.

El caso de mis artículos es, como se dice en Francia, *piquant*, ó, como nosotros diríamos, chusco, aunque la palabra no exprese bien los matices de la idea que envuelve el adjetivo francés. Aquí donde rara vez se hace crítica retrospectiva, y donde no se «pierde» tiempo en ahondar estudios biográficos de los grandes hombres; aquí, donde no hemos tenido un Taine, ni un Sainte Beuve, ni un Lemaitre, natural parecería que por lo menos se mirase con benevolencia á los que intentan algo que pueda contribuir á que esas figuras insignes de la patria literatura sean ó mejor conocidas ó menos puestas en olvido. Tal fué el modesto propósito que guió mi pluma al trazar los estudios biográficos y críticos de Campoamor, Núñez de Arce, Gabriel y Galán, Valera, el Padre Coloma, etc.; y el mismo me animó á emprender el del autor de *Don Juan Tenorio*. He visto por experiencia que muchos extranjeros que quisieran documentarse sobre la literatura española contemporánea del siglo xx, y no tienen tiempo ni posibilidad de emprender investigaciones por cuenta propia, preguntan con afán si existen aquí libros análogos á otros que incesantemente aparecen en Francia, Inglaterra y Alemania, donde con datos fáciles de obtener cuando están recientes los sucesos (y que transcurrido cierto período ya nadie logra allegar), se estudia á las magnas personalidades literarias y artísticas, y se hace destacar en ellas la individualidad, aquello en que nos diferenciamos los unos de los otros y que es, por lo tanto, lo más interesante de nuestra psicología. Y me consta igualmente que los extranjeros generalmente no encuentran nada de eso que buscan para orientarse, y se quedan confusos, no explicándose cómo es posible tener fama y admiradores, y no tener biografía, ni semblanza, ni crítica, ni nada concreto y positivo que conserve el recuerdo y la huella de un carácter, de una reputación, de un poeta, de un escritor, de un autor célebre.

Desde el *Nuevo Teatro Crítico* vengo haciendo algo para remediar esta deficiencia tan notada. Claro es que tropecé con los escollos que ha de sortear el que traza la biografía—extensa ó compendiosa—de personas que ó viven aún ó se han muerto ayer mismo. Campoamor y el Padre Coloma conocieron la suya en tiempo hábil, y hubiesen podido dirigirme observaciones, que yo hubiese tomado en cuenta al publicar el libro. Nadie encontró nada extraño en lo que escribí de Alarcón, Galán, Valera, etc. Al poner mano en el estudio de Zorrilla (aparte de que ya iban corridos quince años desde su muerte, y cada

año que transcurre da mayor libertad á la pluma del biógrafo), me prestaba completa seguridad de no errar el hecho de tener á mi disposición lo que no tuve en los demás escritores: un abundante caudal de noticias autobiográficas. Nada menos que tres tomos, los *Recuerdos del tiempo viejo*, y varios prólogos y artículos en verso y prosa ha consagrado Zorrilla á tratar de sí mismo, y debí creer que bebiendo en esta fuente, nadie supondría que yo trataba á Zorrilla ni mal ni bien, sino tal cual se trató él á sí propio. Por el recelo de no acertar completamente, á pesar de referencias tan autorizadas como las autobiográficas, me apresuré á advertir en los primeros párrafos de mi trabajo, no sólo que me fundaba en el mismo Zorrilla, sino que reclamaba, de las personas de buena voluntad, me enviasen noticias y datos y la corrección de los errores que pudiesen deslizarse en mi estudio. Sobre tan sólida base afianzada, creí poseer garantías de acierto y que no se me imputarían inexactitudes.

Y en efecto, nadie me las imputó. ¡En eso estaban pensando! Para rectificar hechos, es preciso leer, romperse la cabeza, ejercicio altamente perjudicial á la salud. No; era más sencillo afirmar que yo calumniaba la memoria del poeta, que yo le ponía como chupa de dómine, que yo recogía las especies injuriosas de la murmuración, salpicándole del tan socorrido cieno. Y pregunto: los que estampan estas afirmaciones, ¿habrán leído los *Recuerdos*? ¿Habrán leído mis artículos siquiera?

Bien puede asegurarse que no. Ni me coge de nuevas el caso. En otras ocasiones, siempre que unos cuantos señores tuvieron la comodidad de molestarse por escritos míos, recibí numerosísimas cartas que principiaban así: «He oído que ha escrito usted...» Raro parece que sus admiradores de profesión tengan olvidada la autobiografía del poeta..., raro, sí..., pero innegable. No se concibe, si no, que se indignen al encontrar en mi estudio rasgos biográficos y giros y frases que en los *Recuerdos* constan. Y cuando el poeta refirió de sí propio tales rasgos, nadie pensó en escandalizarse.

Ha sido preciso que yo los recogiese, á la vuelta de tres lustros y sin comentarios, para que salgan gritando que presento á Zorrilla como un pillo, y soy una calumniadora de su memoria ilustre.

¿Qué dirían si yo no me fundase en confesiones personales del poeta?

Lo que consigné sobre Zorrilla, fundándome en sus confesiones, no reviste la gravedad que pudieran hacer suponer tantas alharacas. A la verdad, si la biografía de un poeta romántico se pareciese á la de un buen señor vulgar, yo la encontraría bien sosa; y es una de las razones porque los recuerdos autobiográficos del autor del *Tenorio* me interesan infinito. Zorrilla escribió con bastante franqueza, sin pintarse perfecto, é hizo bien. Sin llegar al cinismo de Juan Jacobo Rousseau, gusta que la humanidad aparezca, y la verdad es siempre más bella que los panegíricos.

No pudo nunca cruzar por mi imaginación la idea de aprovechar para la biografía de Zorrilla sino materiales de pública notoriedad. Para recoger lo que á veces se oye en conversación corriente, pero que no está comprobado, es temprano; aun cuando el poeta no ha dejado hijos, ni parientes colaterales, por bastantes años creo yo que se impondrá el criterio de atenerse á la autobiografía. Y así lo he practicado; y convéngase en que tiene gracia que por repetir de Zorrilla lo que él dejó consignado en letras de molde, se alborote el cotarro y sea yo un pájaro muy siniestro, muy funesto para la gloria póstuma del autor de *Margarita la Tornera*.

Y lo peor, ¿no saben ustedes?, es que lo hago por móviles de venganza. A la vuelta de quince años, conservo con terrible fidelidad la memoria de unas chirigotas que me dedicó Zorrilla, y las castigo en esta forma, difamándole ante la posteridad. En otro lugar, con más espacio y al completar mi estudio sobre el poeta (del cual sólo ha visto la luz la parte biográfica y no la crítica), tendré ocasión de recordar estas chirigotas, *boutades* ó desplantes perfectamente en armonía con la índole y complejidad psicológica de Zorrilla, y cuyo origen era un sentimiento frecuente en el declinar de la vida, cuando se ha llegado á obtener la gloria y se miran con involuntaria prevención las reputaciones nuevas.

Lo que no debo omitir es que soy de las personas que han dado á Zorrilla, en vida y en muerte, más claros testimonios de respeto á su talento, de admiración, de reconocimiento explícito de su valer. Cuando Zorrilla regresó de América á España, siendo yo niña, mi saludo fué uno de los primeros: y no se crea que recibí tantos: lo sabemos por sus referencias, en el prólogo al *Drama del alma*. Cuando visitó la Coruña, después de preliminares que dejaron bien establecida la consideración que yo le guar-

daba, le ofrecí en mi casa una fiesta digna de un rey... de la poesía. Cuando murió, mi artículo del *Nuevo Teatro Crítico* fué un monumento, una apoteosis. Ahí está, para que no lo lean... ¿Pero es que algo se lee? Días después de su fallecimiento, me atrevo á decir que á mis gestiones se debió que recibiese la viuda una suma, premio de un certamen... Poco después, y en distintas ocasiones, eché á volar la idea (que no encontró apoyo, pero no es mía la culpa) de elevar un monumento al Romanticismo español, coronado por el busto de Zorrilla. Luego, pareciéndome que no se puede hacer mayor favor á un muerto ilustre que refrescar su recuerdo—¡la araña del olvido es tan buena labradora por acá!—dí principio á mi trabajo biográfico crítico. Yo no escribo crítica ni biografía póstumas sino de los muy altos. Y ahora, ahora mismo, cuando me suponen tomando venganzas, la casualidad hace que yo pueda haber dado una nueva prueba, ó mejor dicho, varias, de mi respeto efectivo, activo, á la gloria del poeta. Como curioso, es curioso el caso.

No alardeo de generosidad. Yo no dí la menor importancia á los alfilerazos de Zorrilla. Los olvidé por completo, sin esfuerzo alguno. Zorrilla muchas veces no era ni consciente de lo que decía. Parecía complacerse en una malevolencia infantil. ¿Qué resentimientos, qué móviles le indujeron, verbigracia, á tratar á Larra de *malvado*? Sobre la tumba de Larra se había hecho célebre en un instante Zorrilla. Larra no era un malvado, ni lo será porque se lo llame Zorrilla en verso. No hay que dar á los gorjeos del ave tanta trascendencia. Nunca tomé en serio á Zorrilla, ni le tomaba nadie, excepto en el terreno artístico, poético, romántico y legendario, en el cual hay que inclinarse profundamente ante

«el que mató á don Pedro, el que salvó á don Juan»

No estoy segura (á pesar de estos celadores de su honra póstuma que le han salido) de que ni Zorrilla, ni, por desgracia, ningún genio español, posea una cohorte de admiradores dispuestos á secundar las iniciativas en pro de su fama. Y esta convicción me la sugiere el recuerdo de otra prueba de mi constante benevolencia hacia Zorrilla, que olvidé anotar en la lista anterior. Siendo yo presidente de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, me enteré de que todavía esta docta Sociedad estaba en deuda con Zorrilla de una velada necrológica, y empecé á dar pasos para organizarla. La quería solemne, con asistencia del gobierno, de los reyes, del alcalde de Valladolid; en suma, á proporción de la figura del muerto. Lo más fácil supuse que fuese encontrar poetas dispuestos á cantar al poeta, literatos que hiciesen la crítica ó el elogio de sus obras. La realidad me desengañó. Mis gestiones, y las de mis compañeros de Junta, se estrellaron contra la absoluta imposibilidad de reunir el contingente necesario para que el homenaje fuese lucido, ó por lo menos decoroso, digno de Zorrilla. Dos temporadas trabajé sin resultado. Esto lo saben todos, en el Ateneo y fuera de él.

Desconfío, pues, de la intensidad de las estériles admiraciones. Para Zorrilla, todo está sin hacer. Ni monumento, ni mausoleo, ni velada, ni estudio crítico serio, documentado, con referencias bibliográficas completas; nada, en suma, de lo que en otros países se consagra á figuras de tanto relieve. Ahí tienen sus apasionados campo abierto y nobilísimo donde ejercitarse. Escriban, trabajen, únense, y crean que, en todo cuanto hagan por la fama de Zorrilla, á su lado me tendrán..., como dijo doña Inés á don Juan, desde su «misma sepultura».

Con motivo de las gestiones para otorgar la pensión de 6.000 pesetas á la señora viuda, el *Heraldo de Madrid* publicó una *interview* con dicha dama. De ella resultó que, habiendo la Academia regalado á la viuda una edición de *Poesías escogidas* de su esposo, el editor tardó catorce años en cubrir gastos, y la primer liquidación en favor de la viuda, á los catorce años de publicada la obra, importó *siete* pesetas. ¿No confirma este dato triste algo y algo de lo que atrás se insinuó?

Y otra confirmación de mis aserciones la encuentro en unas palabras de un escritor catalán, trasladadas por un periódico de Valladolid, *El Norte*. «*Sembla*—dice—que la comtessa de Pardo Bazán acaba de publicar un article on inicia, valerosament, la reventada del poeta Zorrilla.» Sin responder de la ortografía catalana, pues copio del diario castellano, subrayo el *sembla* y el *un*. «Me parece...» Es evidente que quien así habla no conoce mis dos artículos, y cree que es uno, y crítico, no biográfico, y tampoco puede saber que, como allí digo expresamente, los datos están tomados de las autobiografías del poeta. Y no añado palabra más. ¿Para qué?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.